



# Un Planeta, Una Morada

*Una Perspectiva Bahá'í sobre la  
Reconfiguración de la Relación de la  
Humanidad con el Mundo Natural*

Declaración presentada por la Comunidad Internacional Bahá'í



«Este palmo de tierra no es sino una sola patria y una única morada. Os incumbe abandonar la vanagloria que provoca alienación y dirigir vuestros corazones hacia todo lo que asegure la armonía.»

— Bahá'u'lláh

**E**L MUNDO NATURAL, en toda su maravilla y majestuosidad, aporta una profunda percepción de la esencia de la interdependencia.

Desde la biosfera en su conjunto hasta el microorganismo más pequeño, pone de manifiesto la dependencia de cualquier forma de vida con respecto a otras muchas, y el modo en que los desequilibrios de un sistema repercuten en un todo interconectado.

La humanidad, al estar íntimamente integrada en este gran sistema y depender profundamente de él, se enfrenta a una paradoja de consecuencias cada día más graves. Por un lado, nunca antes había tenido la raza humana tanto poder para moldear al mundo físico en escalas planetarias, un hecho que algunos han denominado el antropoceno. Ello da fe de nuestro ingenio y creatividad colectivos, así como del ilimitado potencial que tenemos ante nosotros. Por otro lado, ese mismo poder, si no se somete a una reflexión cuidadosa y si se rige por prioridades ajenas al bien común presente y futuro, provoca consecuencias no solo de alcance mundial, sino potencialmente irreversibles.

Conforme se hacen cada vez más evidentes los graves estragos de sobrepasar los límites planetarios, desde el cambio climático hasta la pérdida de biodiversidad, a causa de la degradación y la contaminación del medio ambiente, la humanidad se ve obligada a desarrollar relaciones más maduras, colaborativas y constructivas entre sus pueblos y con el entorno natural.

La reflexión sobre los problemas medioambientales ha progresado notablemente desde la histórica Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano celebrada en 1972. Los avances logrados en el último medio siglo, bien sean científicos, jurídicos o institucionales, son motivo de confianza y fuente de esperanza ante el futuro. Sin embargo, hoy en día, el aumento de los conocimientos debe traducirse en acciones con mucha más rapidez y a escalas mucho más amplias. Modificar radicalmente la organización y el funcionamiento de los asuntos humanos ha pasado a ser un imperativo existencial, necesario e ineludible. La disyuntiva que las naciones y los líderes del mundo tienen ante sí es si se tomarán las medidas necesarias derivadas de una decisión consciente y con carácter preventivo, o si serán propiciadas por la destrucción y el sufrimiento resultantes del colapso cada vez mayor del medio ambiente.

## LA CUSTODIA DEL MUNDO NATURAL

Los seres humanos, entre todas las formas de vida del planeta, ejercen un grado de influencia singular sobre el mundo natural. Este hecho se ha tomado a veces para justificar una actitud de dominio y control de la naturaleza, respaldada por nociones de posesión y sometimiento. Sin embargo, a medida que más y más personas reconocen la interconexión de la humanidad con el medio ambiente y su dependencia de él, han aceptado que nuestro excepcional impacto conlleva la obligación ineludible de nutrir y proteger el mundo natural.

Cada uno de nosotros viene al mundo como fideicomiso del conjunto. Y cada uno, a su vez, asume su cuota de responsabilidad por el bienestar de todos y por el planeta del que dependemos. Esta relación de fideicomiso a escala global no pretende eliminar el impacto de la humanidad en el mundo natural. Los recursos materiales para sostener y hacer avanzar la

civilización siempre serán necesarios. El objetivo, más bien, es canalizar ese impacto de forma consciente, creativa y compasiva.

Al tiempo que aprendemos a aprovechar mejor las materias primas de la tierra para el bien de todos, debemos ser conscientes de nuestra actitud hacia la fuente de nuestra subsistencia. Nuestras actividades deben reflejar el hecho de que la riqueza y las maravillas de la tierra son patrimonio común de todos los pueblos, quienes merecen un acceso justo y equitativo a sus recursos. Nuestras decisiones deben reflejar una perspectiva intergeneracional en la que se tenga presente el bienestar de los futuros habitantes en todos los ámbitos de decisión. Y en este período turbulento de la historia de la humanidad, nuestras actividades deben estar cada vez más matizadas por la sabiduría y el buen juicio que acompañan a una madurez cada vez mayor.

«¿Hay obra alguna en este mundo que sea más noble que el servicio al bien común? ... ¡No, por el Señor Dios!»

— De las escrituras sagradas *babá'is*

## Un solo pueblo en una patria global

Desde una perspectiva lo suficientemente amplia como para abarcar el planeta en su totalidad, no puede verse a la humanidad de otra manera que como un solo pueblo que vive en una patria global. La conciencia de esta unicidad, expresada mediante de relaciones de justicia, constituye la única base sobre la que se pueden levantar sociedades sustentables.

Todos los pueblos, a su manera, celebran la belleza y el esplendor inagotables de la naturaleza. Las tradiciones de todas las culturas rinden homenaje a ese inapreciable legado que sustenta no solo las necesidades físicas de los cuerpos, sino también las cualidades trascendentes del espíritu. La tarea de construir un mundo sustentable y floreciente lleva en sí la promesa de proveer un punto de unidad no solo en el esfuerzo compartido sino también en la celebración gozosa.

Reconocer la unicidad de la humanidad no equivale a suprimir las variaciones de expresión, de cultura o de organización social. El principio de unidad encierra en sí mismo el concepto esencial de diversidad; de hecho, esto es lo que lo distingue de la uniformidad. En el mundo natural, los sistemas florecen gracias a la interacción de elementos muy diversificados. Las diferencias entre distintos componentes pueden potenciar el funcionamiento del conjunto y reforzar la resiliencia de la generalidad del sistema.



## EMPODERAR A LOS PROTAGONISTAS DEL CAMBIO TRANSFORMACIONAL

Todos los habitantes de la Tierra merecen la oportunidad de gozar de los frutos de una sociedad global que avance en armonía con el mundo natural. Para crear una sociedad semejante, hay que empoderar a las personas en todo el mundo para que participen en los procesos constructivos que la harán posible. Por lo tanto, el fortalecimiento de las capacidades de los individuos, las comunidades y las instituciones para contribuir eficazmente al cambio transformacional es un elemento indispensable para una acción medioambiental efectiva.

Para el individuo, implica desarrollar una serie de capacidades interrelacionadas: científicas, técnicas, sociales, morales y espirituales. Hay que dotar a las personas de una comprensión de conceptos, un conocimiento de hechos y un dominio de métodos, así como de las habilidades, actitudes y cualidades necesarias para establecer pautas de vida individual y colectiva más saludables y sustentables.

En lo que respecta a las comunidades locales, el desarrollo de capacidades supone el enriquecimiento y la configuración consciente de la cultura. La creación de un entorno en el que confluyan las voluntades particulares, en el que se multipliquen las capacidades y se manifiesten en un esfuerzo colectivo, y en el que las expresiones más elevadas del espíritu humano se manifiesten en nuevas formas de organizar los asuntos de la sociedad, recae sobre la comunidad.

También hay que prestar atención al fortalecimiento de las estructuras organizativas. Se necesitan instituciones con capacidad en todos los ámbitos que puedan servir como canales mediante los cuales los talentos y las energías de los individuos y los grupos puedan expresarse al servicio del bien común.

### Un solo pueblo en una patria global (continuación)

De la misma manera, en los asuntos humanos, la diversidad de pensamiento, antecedentes y enfoques es fundamental. Mediante la interacción de perspectivas y vivencias diversas podemos alcanzar grados mayores de verdad y lograr una mayor comprensión. De lo contrario, un exceso de puntos de vista y opiniones similares, al igual que la excesiva dependencia de un único recurso natural, deja al sistema expuesto a peligros y lo hace vulnerable al colapso.

Para volver a equilibrar la relación de la humanidad con el mundo natural se necesitarán las contribuciones de un número cada vez mayor de poblaciones, bien coordinadas e integradas. Las pretensiones de superioridad de

un grupo sobre otro, por razones de nacionalidad, etnia, riqueza o cualquier otra característica, no pueden sino deteriorar los vínculos necesarios para generar consenso y mantener una acción coordinada. El sentimiento de alteridad inevitablemente socava la motivación para trabajar y sea por el bien común social o ecológico.

La humanidad a menudo se ha esforzado por apreciar la diversidad al tiempo que trabaja por construir la unidad, por respetar y proteger lo particular al tiempo que aprovecha la fuerza de lo compartido. La gestión responsable del mundo natural es un medio poderoso para conciliar estos ideales interconectados.

«Debemos establecer continuamente nuevas bases para la felicidad humana y crear y promover nuevos instrumentos para este fin.»

— De las escrituras sagradas bahá'ís



Un solo pueblo en una patria global (continuación)

## PROPUESTAS DE ANÁLISIS

Las apremiantes realidades medioambientales reclaman a la humanidad una integración cada vez más madura de principios y acciones, sustentada en un enfoque del progreso orientado a procesos. Es preciso adoptar medidas productivas lo antes posible dentro de los sistemas actuales a pesar de sus limitaciones, incluso mientras se sientan las bases que reflejan nuevos paradigmas más capaces de responder a las necesidades contemporáneas. Con este fin, a lo largo de este documento se presentan propuestas de naturaleza exploratoria, inspiradas en casos en los que la comunidad internacional no sólo imaginó un mundo mejor, sino que intentó tomar caminos no transitados anteriormente. Estas experiencias prácticas aportan percepciones de lo que es posible lograr cuando se permite que el consenso y la acción requerida trasciendan los discursos predominantes que impiden avanzar hacia un cambio significativo.

Una forma de fortalecer el principio de la unicidad de la humanidad podría ser el establecimiento de mecanismos que evalúen el impacto global de las políticas nacionales. Un órgano consultivo internacional consensuado, por ejemplo, podría evaluar esas repercusiones transfronterizas y recomendar los ajustes o resarcimientos necesarios.

Dentro de las estructuras actuales, fortalecer el marco jurídico relacionado con el mundo natural aportaría coherencia a los regímenes de biodiversidad, clima y medio ambiente, y proporcionaría bases más sólidas para la gestión de responsabilidad compartida del planeta. Integrar las estructuras de gobernanza en este sentido está al alcance de la comunidad internacional, y experiencias pasadas —tanto los avances como los retrocesos— aportan valiosos precedentes que pueden aprovecharse. Los empeños por aumentar la coherencia entre la labor en los ámbitos del mantenimiento de la paz, la mediación, los derechos humanos, la reconstrucción y el desarrollo a largo plazo, por ejemplo —desde el establecimiento de la Arquitectura de Consolidación de la Paz de las Naciones Unidas hasta la propuesta de un nuevo programa para la paz— ofrecen los primeros aprendizajes sobre cómo podría configurarse un proceso de armonización de iniciativas afines.



## Consenso en acción

Para lograr que la humanidad establezca una relación más sustentable y armoniosa con el mundo natural será necesario lograr un consenso sólido y aplicable, junto con una voluntad colectiva sobre los principios claves que han de conformar los asuntos de la comunidad internacional. Se ha alcanzado cierto nivel de acuerdo sobre principios fundamentales como la gestión responsable, la interdependencia y la justicia. Pero estos ideales aún no se han consolidado como la base aceptada para una acción colectiva mundial.

La insuficiencia de planes nacionales de reducción de emisiones de carbono en el marco del Acuerdo de París de 2015, hasta la fecha, es un ejemplo

bien conocido. Esta brecha entre la retórica y la práctica es indicativa de un problema más profundo, a saber, que los principios relacionados con la sustentabilidad no están lo suficientemente arraigados en la conciencia colectiva como para dar forma a las opciones y comportamientos de las naciones.

La existencia de un consenso sólido se demuestra no solo con el nombre y la reivindicación de un texto en una página, sino mediante una acción coordinada y colaborativa; su piedra angular son los hechos, no las palabras. Un compromiso firme con los principios y valores clave a escala internacional ayuda a los líderes nacionales y locales a superar las

barreras que inevitablemente surgen a la hora de aplicar los cambios necesarios. Esclarece los motivos por los que las naciones se faciliten mutuamente los recursos necesarios para hacer realidad los acuerdos, y ayuda a las sociedades a superar las objeciones basadas en intereses limitados o egoístas.

Ya no cabe pedir a los pueblos del mundo que sigan tolerando la disyuntiva de acuerdos firmados, pero no aplicados. La acción debe ser coherente con los principios que todos abrazan y defienden colectivamente. El orden internacional debe situarse sobre una base que facilite efectivamente las respuestas planetarias a desafíos planetarios.



## PROPUESTAS DE ANÁLISIS

El consenso sobre objetivos mundiales, como los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), podría concretarse más firmemente en acción si se enmarca la consulta en torno al reconocimiento compartido de que todos los países tienen aún mucho que aprender sobre la integración de los imperativos —igualmente importantes— de sustentabilidad y desarrollo. Algunos países han conseguido altos niveles de desarrollo material para muchos de sus ciudadanos, pero ejercen un impacto ecológico desproporcionado sobre los recursos consumidos y desechos generados. Otros países presentan una huella ecológica mucho más sustentable, pero siguen precisando un importante desarrollo material para satisfacer las necesidades básicas de sus ciudadanos. El objetivo que cada nación debe perseguir es el bienestar de todas las poblaciones por vías que garanticen unas relaciones sustentables y armoniosas con el medio ambiente. Centrarse en este objetivo global aportaría un importante punto de unión en torno al cual el consenso puede plasmarse en acciones colectivas y decididas.

Lograr un consenso práctico sobre las normas morales y éticas, además de las normas climáticas y medioambientales, puede ayudar a garantizar que los principios prevalezcan sobre los beneficios. Este no es territorio desconocido para la comunidad internacional. Se pueden extraer valiosas lecciones, por ejemplo, del proceso de certificación que las Naciones Unidas estableció para frenar la circulación de diamantes relacionados con los conflictos. Pese a las deficiencias de dicho proceso, representa un ejemplo de consenso sobre los factores éticos y sociales que se traduce en medidas concretas de análisis y ajuste en las distintas etapas de la cadena de valor de una mercancía.



## Redefinir el progreso

Si ha de reformularse la relación de la humanidad con el mundo natural, habrá que redefinir nociones de progreso, civilización y desarrollo. Es preciso ampliar y profundizar en los esfuerzos ya realizados en este sentido, como son los presupuestos centrados en el bienestar o los indicadores de progreso más holísticos que el producto interno bruto, y ahondar en cuestiones fundamentales. ¿Cuáles son las cualidades por las que se considera exitosa a una persona, una nación o una empresa? ¿Por qué se les elogia y aprecia?

En la medida en que la respuesta a estas preguntas priorice las posesiones sobre las relaciones o la adquisición sobre la responsabilidad, un mundo sustentable seguirá estando fuera de nuestro alcance. Estos valores, por su propia naturaleza y su efecto sobre el espíritu humano, apelan incesantemente al exceso, la explotación y el agotamiento de los recursos. También dan lugar a extremos flagrantes de riqueza enajenante y pobreza debilitante. Solo en la medida en que se dejen de lado podrán superarse las profundas contradicciones a las que dan lugar,

entre ellas, la pretensión de un crecimiento infinito en un planeta finito. Y solo cuando se conciba el progreso en nuevos términos se podrán identificar con precisión los detonantes fundamentales de las crisis medioambientales actuales y se podrán efectuar cambios duraderos.

Lo que se debe reconocer simplemente es que ningún país ha llegado a perfeccionar el proceso de desarrollo sustentable. Con frecuencia, se han equiparado ciertas formas de industrialización, capacidad tecnológica y crecimiento macroeconómico con el desarrollo. Ahora bien, la insatisfacción y las dificultades de las multitudes que viven en zonas consideradas tradicionalmente como desarrolladas, amén de las injusticias a las que se enfrentan muchas otras poblaciones por todo el planeta y las tensiones a las que se somete el mundo natural, demuestran que esa visión es, en el mejor de los casos, incompleta y, en muchos casos, seriamente perjudicial. Ninguno de los modos de vida ni de las visiones de la sociedad puede considerarse el modelo al que deba aspirar toda la humanidad.

## REPLANTEAMIENTO DE LOS ACUERDOS ECONÓMICOS

Los acuerdos económicos modernos han ocasionado la degradación de ecosistemas y el empobrecimiento de muchas comunidades locales y vidas individuales. Las desigualdades crecen y el daño intrínseco a la creación y gratificación perpetuas de los deseos ha quedado demostrado más allá de toda objeción. Para que el mundo se asiente sobre cimientos ecológicos más sustentables es necesario replantear el orden económico mundial. Las personas y el planeta deben valorarse hoy tan explícitamente como lo han sido el beneficio y las ganancias económica en el pasado.

Dado que los desequilibrios actuales se deben en gran parte a numerosas formas de exceso, habrá que dar una expresión mucho más plena al principio de moderación en los acuerdos globales. Habrá que recuperar y ampliar los conceptos de satisfacción, suficiencia y simplicidad, que tienen poca cabida en los paradigmas impulsados por el crecimiento. Habrá que dejar de lado los modelos de vida asociados a la riqueza extrema: la devoción a la comodidad y el lujo, por ejemplo, o los altos niveles de consumo y despilfarro. Habrá que reformular las nociones básicas de progreso, desarrollo y prosperidad en términos mucho más holísticos.

El avance hacia estos objetivos exigirá someter los acuerdos económicos a una disciplina basada en valores por encima de sus propios fines. La experiencia práctica de las personas, las comunidades, las empresas y naciones no deja lugar a dudas: existe una dimensión moral inherente a la generación, distribución y utilización de la riqueza y los recursos.

La vida colectiva de la humanidad sufre cuando un grupo piensa en su propio bienestar aislado del de sus vecinos, o persigue el beneficio económico sin tener en cuenta cómo se ve afectado el entorno natural. Toda decisión deja una huella. Por ello, las decisiones económicas deben adoptarse de acuerdo con ideales elevados. La riqueza debe ponerse al servicio de la humanidad. No hay justificación para seguir perpetuando puntos de vista, estructuras, normas y sistemas que evidentemente no sirven al bien común.

«La disposición de las circunstancias de la gente deberá ser tal que desaparezca la pobreza, que todos, hasta donde sea posible ... participen de la comodidad y del bienestar.»

— De las escrituras sagradas *bahá'ís*



## PROPUESTAS DE ANÁLISIS

El ODS 17.19 insta a desarrollar indicadores de progreso que complementen el producto interno bruto. Se trata de un objetivo valioso sobre el que ha hecho eco el Secretario General de las Naciones Unidas y que merece la prioridad y los recursos necesarios. Las reuniones internacionales, por ejemplo —tanto las especiales como las previstas en el cronograma ordinario de las Naciones Unidas, podrían examinar medidas complementarias desde la perspectiva del enfoque temático propio de cada una.

### Redefinir el progreso (continuación)

Formular una concepción más holística del progreso requerirá una mayor comprensión de nosotros mismos como especie, que incluya verdades sobre el propio espíritu humano. El planeta, sus pueblos y sus criaturas han sufrido enormemente por una mentalidad materialista que considera al individuo como una unidad meramente económica y egoísta, que compite con otros para acumular una parte cada vez mayor de los recursos materiales del mundo. Esta caricatura ha sido ampliamente rechazada a nivel de la teoría formal por ser simplista y burda. Sin embargo, muchos aspectos del orden mundial siguen basándose en estos supuestos, y a menudo los refuerzan y profundizan.

Una comprensión más precisa de la naturaleza humana integra cualidades y actitudes como la confianza, el apoyo mutuo, el compromiso con la verdad y un sentido de responsabilidad que son los pilares de un orden social estable. Daría lugar a modelos que evitarían o mejorarían los males del materialismo reduccionista, garantizando que nuestra búsqueda de la prosperidad no deje de lado las muchas otras facetas del bienestar individual y colectivo.

Redefinir el progreso no supone desestimar ningún logro legítimo del pasado, sino extender los límites de los logros que aún están por llegar. Las posibilidades que la humanidad tiene ante sí son inmensas: desde nuevos planteamientos sobre la tenencia y la utilización de la propiedad hasta nuevas formas de organización urbana, nuevos sistemas de agricultura, generación de energía y transporte. Aprovecharlas requerirá una expresión mucho más completa de las provisiones del potencial humano latente en cada persona y los empeños conjuntos de la humanidad en su totalidad. Sin embargo, las próximas décadas se perfilan como un período excepcionalmente rico y gratificante de la historia de la humanidad. Pese a lo desalentadora que pueda parecer a veces la magnitud inédita de la transformación necesaria en numerosos sectores de la sociedad, posibilita un gran florecimiento de la creatividad y la iniciativa humanas.

Además de que la medición se realice de manera más holística, es preciso reconsiderar y redefinir en muchos aspectos las nociones contemporáneas del progreso mismo. Para ello, un comité de expertos o entidad similar podría aprovechar los esfuerzos prometedores que ya están en marcha, identificar las cuestiones que requieren análisis, esbozar alternativas y definir los ámbitos en los que procede actuar. El objetivo no sería alcanzar un único conjunto de conclusiones, sino más bien un proceso continuo de investigación sobre lo que engloba una civilización sustentable y cómo se podrían valorar y promover sus características de forma adecuada. En este sentido, resulta instructivo el ejemplo de la adopción del Protocolo de Montreal sobre las Sustancias que Agotan la Capa de Ozono, con el que la comunidad internacional llegó a un consenso generalizado acerca de la conveniencia de eliminar el uso de sustancias químicas que dañan la atmósfera, en detrimento de los beneficios económicos que se derivasen de la venta continuada de dichas sustancias.

## Alinearse con principios más elevados

La existencia de la humanidad se rige no sólo por fuerzas físicas, sino también por leyes sociales y morales de causa y efecto. La avaricia es intrínsecamente perniciosa para el bien común, por más que se justifique o se disimule ingeniosamente. Los actos de compasión desinteresada pueden siempre motivar e inspirar, por muy sencillos o aislados que parezcan.

Desde esta perspectiva, el camino hacia una relación más armoniosa con la naturaleza no puede únicamente efectuar ajustes tecnológicos. También debe involucrar a comunidades y sociedades que aprendan a alinearse con principios más elevados.

Un tema primordial de las enseñanzas e ideales religiosos ha sido durante milenios liberar las elevadas cualidades latentes en cada persona. No puede negarse que el fanatismo y el dogmatismo sectario han socavado los imperativos morales y éticos

medulares de tantas tradiciones religiosas. Sin embargo, las comunidades que laboran activamente para llevar a la práctica los valores trascendentes para el mejoramiento de todos, constituyen una cantera de experiencia digna de reflexión seria.

«El mérito de la persona reside en el servicio y la virtud, y no en la pompa de las riquezas y la opulencia», afirma Bahá'u'lláh, lo que constituye un ejemplo, entre muchos otros, de un modo de concebir la identidad personal y la interacción colectiva basado en valores que trascienden la sola prosperidad material. La forma en que estos ideales influyen en el pensamiento y el comportamiento de un número cada vez mayor de personas, y la manera en que este proceso puede fomentarse y acelerarse conscientemente, son cuestiones de importancia fundamental para el movimiento medioambiental y para la humanidad en su conjunto.

### PROPUESTAS DE ANÁLISIS

Queda mucho por aprender sobre los modelos de sociedad que priorizan los principios éticos y fomentan activamente su desarrollo y aplicación en el seno de una población. Establecer en cada organismo de las Naciones Unidas un centro de aprendizaje sobre la aplicación práctica de los principios morales y éticos, en vez de limitarse a buscar soluciones fáciles, podría generar conocimientos sobre cómo promover el progreso de la humanidad en todas sus facetas.

Podemos encontrar una alternativa destacada al paradigma del progreso exclusivamente material en la importancia que multitudes en todo el mundo atribuyen a la trascendencia del espíritu humano y a su vinculación con lo divino. Se podría aprender mucho de una investigación sistemática y científica de las comunidades que están aprendiendo a aplicar principios espirituales —como la abnegación, la solidaridad con los demás y la gestión responsable del mundo natural— para impulsar un progreso social de gran calado. Además de las diversas iniciativas de las Naciones Unidas que ya trabajan con la colaboración de organizaciones religiosas, un estudio de este tipo podría examinar otras fuentes de motivación e inspiración, y el efecto que pueden ejercer sobre el bienestar de la comunidad y el medio ambiente.

## CIENCIA Y RELIGIÓN: SISTEMAS COMPLEMENTARIOS DE CONOCIMIENTO Y PRÁCTICA

Al laborar para construir un mundo más sustentable, la humanidad tiene a su disposición dos sistemas de conocimiento y práctica que se refuerzan mutuamente: la ciencia y la religión.

La investigación científica ha sido un instrumento vital para tratar de comprender la realidad física y forjar soluciones innovadoras basadas en la búsqueda de la verdad y el compromiso con el aprendizaje. Cuando se combina con valores como la ausencia de prejuicios y sesgos, permite a la humanidad separar los hechos de las conjeturas. Las capacidades científicas de observación, medición y verificación rigurosa de las ideas nos han permitido desarrollar una comprensión coherente de las leyes y los procesos que rigen la realidad física, así como obtener percepciones sobre la conducta humana y el funcionamiento de la sociedad. Las metodologías de la investigación científica,

lejos de ser el ámbito exclusivo de los investigadores y académicos, son herramientas que cualquier individuo o comunidad puede emplear.

Por su parte, la religión proporciona un marco mediante el cual se pueden aplicar altos ideales a las vidas individuales y a la vida de la sociedad, para la mejora de todos. Los principios espirituales que inspiran las religiones perdurables del mundo han ayudado a que personas y poblaciones enteras afronten cuestiones de significado, propósito y la naturaleza de la buena vida y la buena sociedad. Cuando ha sido fiel a estos ideales, la religión ha sido un baluarte contra las ideologías del materialismo que pretenden reducir a los seres humanos en meros recursos que hay que explotar o en consumidores que hay que saciar. En su máxima expresión, la religión no solo ha exhortado a cultivar virtudes como la integridad, el buen carácter, la determinación, la cooperación y

el esfuerzo sacrificado, sino que ha atraído a un número cada vez mayor de personas en torno a esos principios, unificando elementos dispares y engendrando comunidades cohesionadas que laboran por llevar a la práctica esos elevados ideales.

Si se observan de forma conjunta, la ciencia y la religión contribuyen los principios organizativos fundamentales que permiten alcanzar un progreso duradero. Cuando se tienen en cuenta tanto la dimensión material como la espiritual de la humanidad, y se presta la debida atención al conocimiento científico y espiritual, se evita la tendencia de reducir el progreso humano al consumo de bienes, servicios y paquetes tecnológicos. Tanto la ciencia como la religión son esenciales para liberar a las personas y a las comunidades de las trampas de la ignorancia y la pasividad. Ambas son vitales para el avance de la civilización.

«La religión y la ciencia son las dos alas con las que la inteligencia del ser humano puede remontarse a las alturas, con las que el alma humana puede progresar.»

— De las escrituras sagradas bahá'ís





## La justicia como proceso y resultado

La médula de toda concepción auténtica de la unicidad a nivel mundial son las cuestiones de justicia. Que la relación extractiva de la humanidad con el mundo natural haya traído consigo sufrimientos generalizados, que un grupo selecto saque provecho del uso desmedido de los recursos de la Tierra en detrimento de muchos otros, que las prioridades inmediatas a menudo prevalezcan sobre las necesidades básicas de las generaciones futuras: todo ello pone de manifiesto las profundas injusticias que sufren las personas y el planeta.

Subsanar estos males requerirá franca reconsideración, además de una respuesta creativa, perseverante y humilde. Las voces de quienes se han visto perjudicados por el orden actual tendrán que ocupar un lugar mucho más destacado en los procesos de toma de decisiones en todos los ámbitos. Será necesario recabar las percepciones de las poblaciones que mantienen relaciones más armoniosas con el mundo natural, muchas de las cuales no viven en los centros urbanos. Las diversas concepciones culturales de la relación de la humanidad con el mundo natural, especialmente las de los pueblos originarios, pueden contribuir las percepciones necesarias para la creación de modelos más holísticos y sustentables para las generaciones presentes y futuras.

La justicia exige una amplia gama de resultados: que los beneficios de la civilización humana se distribuyan con equidad, por ejemplo, o que la responsabilidad de emprender las transiciones necesarias se distribuya considerando las aportaciones históricas de sus protagonistas a la actual crisis climática. Ahora bien, la justicia en el plano de los resultados solo se consigue cuando se aplica en el plano de los procesos. A nivel individual, la justicia exige imparcialidad en los juicios y equidad en el trato a los demás. A nivel de grupo, la justicia es la expresión práctica del reconocimiento de que los intereses del individuo y los de la sociedad están indisolublemente unidos. También exige un nivel de búsqueda de la verdad que trascienda ampliamente los modos de negociación y acuerdo que suelen caracterizar las relaciones actuales: un proceso de consulta y de toma de decisiones basado en principios, en la franqueza y en los hechos.

En todos los ámbitos debe fortalecerse la capacidad de manifestar la justicia y el compromiso que conlleva. Las relaciones justas y equitativas son los cimientos indispensables de cualquier movimiento global unificado en aras del bien común.

### PROPUESTAS DE ANÁLISIS

La justicia exige coherencia entre las palabras y los hechos. Por lo tanto, la comunidad internacional, al margen de crear nuevos organismos o firmar nuevos acuerdos, debe hacer del cumplimiento de las promesas ya realizadas la piedra angular de todo esfuerzo futuro. Con ello, podrá ayudar a recuperar las reservas de confianza que se han agotado peligrosamente en los últimos años: la confianza en las autoridades elegidas, la confianza en los medios de comunicación, la confianza en los descubrimientos científicos y la confianza en los compromisos asumidos por los líderes mundiales.

En las estructuras actuales, los acuerdos globales podrían ser más justos si se establecieran los medios para prever y modelar los efectos que las políticas propuestas tendrían en el futuro. Esta proyección hacia el futuro, como se observa, por ejemplo, en la propuesta del Enviado Especial de las Naciones Unidas para las Generaciones Futuras y en los aprendizajes de las localidades que han instituido este tipo de enfoque, ayudaría a aislar la toma de decisiones de los intereses particulares de los actores actuales y a dar prioridad a la equidad y la gestión responsable a mediano y largo plazo.

## EL APRENDIZAJE COMO MODO DE FUNCIONAMIENTO

Nunca ha existido una civilización global que mantenga una relación sustentable con el mundo natural. Por lo tanto, sentar sus cimientos en numerosas localidades, como reflejo de un vasto espectro de circunstancias sociales y ecológicas, exige un proceso de aprendizaje a escala mundial. Se han identificado requisitos básicos y principios fundacionales en numerosos ámbitos, desde procesos físicos hasta marcos de política. Sin embargo, la aplicación prudente de los principios a casos concretos de transformación social es algo que solo puede aprenderse mediante la experiencia.

Asumir el aprendizaje como objetivo central de la acción medioambiental exige ciertos hábitos y comportamientos determinados. Cuando se funciona en modo de aprendizaje, la visión y las estrategias se reexaminan una y otra vez. Los planes evolucionan orgánicamente con el tiempo y se modifican a la luz de las acciones realizadas, la experiencia generada y los aprendizajes. La acción está orientada a los procesos, y no se circunscribe a acontecimientos o a proyectos. Se evitan los cambios fortuitos y se mantiene una continuidad en los esfuerzos.

El verdadero aprendizaje depende tanto de los motivos y la intención de los actores, como de las estructuras y los procesos formales. Una conferencia internacional caracterizada por la preocupación por el estatus y la reputación, o el mérito y la crítica, por ejemplo, difícilmente generará percepciones útiles, por muchas sesiones que se dediquen a compartir las mejores prácticas o los aprendizajes.

Una actitud orientada al aprendizaje también requiere comprender el papel de los errores y los contratiempos en el camino del progreso. Mientras que el método científico hace pleno uso de la dialéctica de ensayo y error, los procesos internacionales suelen agotarse en la búsqueda del programa o la política perfectos desde el principio. Esto debe sustituirse por una cultura de exploración y búsqueda seria de soluciones adecuadas, reconociendo plenamente

que todos los implicados encontrarán en ocasiones reveses y se quedarán cortos. La humildad es la puerta que conduce al aprendizaje.

El principio de la consulta, entendido como el proceso de construir un consenso sobre la verdad de una situación y determinar el curso de acción más sabio entre las opciones disponibles, es fundamental para un modelo de aprendizaje en acción. En un proceso consultivo, los participantes se empeñan en trascender sus respectivos puntos de vista y actúan, en cambio, como miembros de un colectivo que tiene sus propios objetivos y metas. En un ambiente caracterizado por la franqueza y la cortesía, las ideas no pertenecen a la persona a la que las genera, sino al grupo en su conjunto. La verdad no se percibe como una transacción entre grupos de intereses opuestos, y los participantes no están animados por el deseo de controlarse mutuamente. El objetivo es aprovechar el poder del pensamiento y la acción unificados. Y en todo momento se tienen en cuenta las perspectivas y aspiraciones de aquellos cuyas vidas se verán afectadas por las decisiones.

La construcción de sociedades más sustentables implica no solo la aplicación de los conocimientos existentes, sino también la generación de nuevos conocimientos. Gran parte de estos conocimientos serán los que se adquieran mediante la experimentación en el ámbito local. Las observaciones iniciales pueden consistir en poco más que los relatos personales de los actores en las bases. Sin embargo, con el tiempo surgen modelos que pueden documentarse y analizarse, dando lugar a un corpus de conocimientos cada vez más rico que puede difundirse en las bases y utilizarse para dar forma a iniciativas posteriores. Concebido de esta manera, el aprendizaje sobre la construcción de un mundo sustentable se convierte en una tarea que no corresponde solo a un grupo limitado de expertos, sino que se trata de un esfuerzo que se apoya en la contribución de las masas humanas y la acoge.

«El conocimiento es como alas para la vida del ser humano, y una escalera para su ascenso. Su adquisición incumbe a todos.»

— De las escrituras sagradas bahá'ís

## Aceptar el papel del Estado

Los actores que han de intervenir en la construcción de un mundo más sustentable son numerosos. Las comunidades locales pueden hacer mucho para fomentar la acción colectiva y multiplicar las capacidades innovadoras de sus miembros. Los jóvenes dan muestras continuas de su receptividad hacia nuevas formas de organizar la sociedad, de su voluntad de aprender mediante acción vanguardista, y de estar dispuestos a consagrarse a iniciativas nobles y al bienestar de las generaciones futuras. Las empresas y la industria, en cuanto ejes del orden económico actual, pueden tomar decisiones constructivas cuyos beneficios se propagan por las sociedades y los paisajes de todo el mundo. Sin embargo, el papel de los gobiernos nacionales es excepcional y preeminente en la actualidad. En este momento de la historia de la humanidad, el estado-nación es una de las unidades fundamentales del orden político mundial. Por lo tanto, los estados tienen una misión indispensable a la hora de afrontar los retos medioambientales transnacionales.

El cometido del estado, en cuanto gestor responsable del bien común, es de largo plazo y trasciende los ciclos electorales y periodos políticos. Un gobierno eficaz garantiza el florecimiento de todos los habitantes de una jurisdicción durante generaciones. El estado también tiene una responsabilidad fundamental en la administración del patrimonio, ya sea en su propio territorio o en colaboración con otras entidades fuera del mismo, como, por ejemplo, en la administración y el cuidado de los bienes públicos que benefician a toda la población.

Todas las capacidades del Estado deben movilizarse para hacer frente a los problemas medioambientales. La reconversión de industrias enteras de diversos sectores de la sociedad llevará décadas y exigirá grandes cantidades de recursos financieros, puestos de trabajo e infraestructuras físicas. Por lo tanto, el papel del gobierno será determinante en el desarrollo de planes a largo plazo, en su implementación metódica a lo largo del tiempo y en la creación de las condiciones para que los avances necesarios sean viables.



En algunos casos, ello puede traducirse en subvenciones, indemnizaciones, reajustes de regulación u otros medios para incentivar las acciones necesarias. En otras ocasiones, la función normativa del gobierno y los líderes particulares será necesaria, explicando, alentando, elogiando y llamando a la acción. En definitiva, las instituciones de gobierno están en condiciones excepcionales de fomentar y mantener la transición generacional.

El establecimiento de nuevas cualidades y actitudes en materia de liderazgo será primordial para que los estados aborden efectivamente los problemas medioambientales. El carácter personal es fundamental en este sentido y habrá progreso cuando los líderes aborden el servicio público como una responsabilidad y no como una vía para el enriquecimiento personal, demostrando compromiso con fines que estén por encima de las victorias electorales o el ascenso propio, y tomando decisiones difíciles pero alineadas con el bien común. Semejantes ejemplos de valentía moral figuran entre los logros más duraderos de los líderes y se les recordará mucho después de que desaparezcan los cálculos de un determinado momento o clima político.

El pesimismo sobre el papel del estado ha aumentado en los últimos años, y es cierto que son muchos los que han sufrido cuando los gobiernos no han podido o no han querido cumplir sus funciones: cuando la función de establecer normas y estándares se ha cedido a quienes tienen intereses creados; cuando la prestación de servicios se ha privatizado de manera que el bienestar humano ha quedado subordinado a las exigencias del afán de lucro; cuando la corrupción y el oportunismo político han sacrificado el bien común en beneficio personal.

Sin embargo, estas reflexiones no son tanto una crítica al propio gobierno como un recordatorio del poder excepcional que posee. Una buena gobernanza puede liberar el poder de la acción en el plano de la iniciativa personal y estimularlo en el plano de la voluntad colectiva. Una buena gobernanza crea el contexto en el que el sector privado, la comunidad científica, la sociedad civil y otros pueden aportar sus mayores contribuciones. Por lo tanto, a todos les interesa que el gobierno ejerza sus funciones como promotor de la confianza pública lo más plenamente posible.



## EL PUNTO DE LA TOMA DE DECISIONES

En una época en la que los procesos globales se perciben por igual en el seno de las aldeas y a lo largo de los continentes, habrá que prestar atención continua a determinar el punto adecuado para la toma de decisiones. En este sentido, el principio de que las decisiones deben tomarse en el nivel en el que puedan obtenerse resultados óptimos es clave.

Ser fiel a este principio supondría, en muchos casos, una profunda descentralización de poder y autoridad hacia las comunidades locales e instituciones de gobierno. Los procesos de toma de decisiones deberán ser mucho más inclusivos, locales y participativos en los próximos años. Cada población tiene el derecho y la responsabilidad de trazar su propio camino de progreso y cada una tiene una contribución vital que hacer en la construcción de una civilización más sustentable. Además, la experiencia ha demostrado que sin el compromiso de aquellos cuyas vidas se ven afectadas, los programas y las políticas tienen dificultades para arraigar en las poblaciones de las que depende su implementación.

Adicionalmente a las tendencias complementarias hacia la localización, la toma de decisiones adecuada también requiere que se actúe a niveles que trasciendan el estado-nación cuando sea necesario. Muchos de los problemas medioambientales tienen un alcance y unos efectos transfronterizos y, por lo tanto, no pueden resolverse mediante una legislación exclusivamente nacional. La preocupación legítima por los intereses nacionales debe, por tanto, expresarse en el seno de estructuras globales que faciliten una actuación efectiva y coordinada al servicio de una comunidad internacional cada vez más próspera. La única forma viable de avanzar es mediante un sistema de cooperación mundial cada vez más exhaustivo.

La eficacia de los esfuerzos en cualquier nivel depende de la calidad y la reciprocidad de las interrelaciones. La formulación de políticas a nivel nacional o mundial puede resultar abstracta y teórica —y, por tanto, potencialmente irrelevante o contraproducente— si está desligada de las condiciones en las bases. Del mismo modo, las iniciativas a escala comunitaria seguirán siendo limitadas si no están conectadas con los procesos globales que afectan a la humanidad en su conjunto. Por lo tanto, se necesitarán estructuras que faciliten la transferencia de conocimientos y percepciones a medida que se generen mediante la experiencia y el análisis prácticos.



«[El principio de la unicidad de la humanidad] insiste en la subordinación de impulsos e intereses nacionales a las exigencias imperativas de un mundo unificado. Repudia, por una parte, el centralismo excesivo, y, por otra, rechaza todo intento de uniformidad.»

— *De las escrituras sagradas bahá'ís*

Aceptar el papel del Estado (continuación)

## PROPUESTAS DE ANÁLISIS

La responsabilidad de los estados de promover el bienestar de su población que se basa, en última instancia, en el florecimiento de la humanidad en su conjunto, debe ser primordial en el diseño de las políticas públicas. Por lo tanto, los foros en los que se toman decisiones deben estructurarse de forma que se garantice la promoción activa del bien común por parte de los estados por encima de otros intereses más limitados. Muchos de los espacios en los que se deciden hoy las leyes y las políticas están sometidos a fuertes influencias de otros actores que actúan, al menos en parte, por intereses como la acumulación de beneficios económicos o del poder político. Por lo tanto, se necesitan mecanismos que garanticen que dichos actores, ya sean corporaciones multinacionales, medios de comunicación, plataformas tecnológicas, grupos de interés especial u otros- intervengan sólo en la medida en que su participación refuerce y potencie la sustentabilidad a largo plazo de los empeños de buena fe de los representantes del pueblo, en lugar de socavarlos. En el contexto de las Naciones Unidas, ello podría traducirse, por ejemplo, en políticas que garanticen que no se conceda un trato preferencial o una influencia indebida a actores ajenos al estado con acceso a considerables recursos financieros u otros recursos materiales.

Las brechas entre la magnitud de las acciones necesarias para hacer frente a los problemas climáticos y las medidas efectivamente emprendidas se atribuyen a menudo a una supuesta carencia de recursos financieros. Sin embargo, la movilización y el gasto prudentes de recursos para promover el bien común, a una escala acorde con las necesidades pertinentes, es una responsabilidad fundamental del estado. Por lo tanto, las instituciones gubernamentales tienen una obligación primordial para con las generaciones presentes y futuras. Esta responsabilidad impone a los estados la obligación moral y ética de recaudar recursos suficientes para hacer frente a las necesidades inmediatas y futuras, atendiendo a los criterios de justicia, capacidad y responsabilidad. También exige que esos recursos se empleen para promover el bienestar de la humanidad y no para subvencionar modelos de vida insustentables o destructivos. La adopción de estas responsabilidades a escala mundial, además de sus evidentes implicaciones para las políticas nacionales, exigiría realizar importantes cambios en los acuerdos económicos entre los países, sobre todo a la hora de adoptar las medidas necesarias para reducir las flagrantes y destructivas disparidades económicas entre ellos. Para ello, durante varias décadas se han propuesto diversas medidas, entre ellas, un mecanismo que garantice la coordinación tributaria mundial o un marco regulatorio de los flujos financieros ilícitos. De implementarse adecuadamente, estas propuestas podrían contribuir a aprovechar bien el conjunto de recursos mundiales disponibles.

## El mundo al que estamos llamados

Una civilización global floreciente, en armonía con el medio ambiente natural es una visión por la que laboran cada vez más personas. El mundo al que estamos llamados es un mundo de integración y de equilibrio, de belleza y de madurez. Es un mundo con un concepto renovado del progreso, poblado de comunidades y de personas que colaboran unas con otras, con el apoyo de las instituciones, en alcanzar sus más nobles aspiraciones. Es un mundo cada vez más despojado de las destructivas concesiones morales —sociales, económicas y medioambientales— que con tanta frecuencia se han pregonado como necesarias para el progreso.

El avance hacia esta visión ha empezado y está cobrando impulso. Se han articulado ambiciones elevadas, y los llamamientos a la acción no tienen precedentes. Sin embargo, el ritmo de las transformaciones no ha estado, hasta la fecha, a la altura de las exigencias del momento. El abanico de opciones para efectuar los cambios necesarios se reducirá si se aplazan las acciones. ¿Actuará la humanidad ante la certeza de que su propio destino y el del planeta están irremediablemente entrelazados? ¿O se necesitarán calamidades aún mayores para movilizarla a la acción?

El abismo entre la intención y la acción es uno de los principales desafíos a los que se enfrenta la humanidad hoy en día. Esta brecha puede salvarse; las personas, las comunidades y las naciones contribuyen cada día a este objetivo. Sin embargo, para que las acciones alcancen la magnitud necesaria, es necesario un consenso y una voluntad colectiva mucho más fuertes entre las naciones sobre los valores que exige la etapa actual de desarrollo de la humanidad. También requiere una mayor determinación de poner en práctica esos valores, de reafirmar el compromiso con lo que es beneficioso para el bien común y desechar todo lo que impida responder al llamamiento moral y práctico del momento actual. Es sin duda una labor elevada, y sus beneficios son un legado inestimable que debemos transmitir a las generaciones venideras. Unámonos para estar a la altura de sus exigencias.



*Créditos fotográficos:* págs. 4, 7, 16: Comunidad Internacional Bahá'í; p.4 abajo al centro: Jevtic, colección de agricultura a través de Getty; págs. 6: Marta Moghbelpour; págs. 8: pierluigipalazzi, colección Essentials vía Getty; todos los demás por Dana Allen.



# Bahá'í International Community

Copyright © 2022 Bahá'í International Community

866 United Nations Plaza, Suite 120  
New York, NY 10017, USA  
[www.bic.org](http://www.bic.org)